

una obra doblemente interesante: por cuanto constituye una introducción completa a este área de problemas y por cuanto constituye una obra de síntesis en la que se explicita una teoría unitaria que pretende dar explicación de los problemas más relevantes de la filosofía del lenguaje.

Josep Ll. Blasco

ADORNO, THEODOR W.: *La ideología como lenguaje*. Versión castellana de Justo Pérez Corral. Madrid: Taurus, 1971, 204 págs.

El artificioso lenguaje de Adorno nos llega, en esta ocasión, sazonado por la apresurada traducción —es lo mejor que puede decirse— con que Taurus nos lo ofrece.¹

¹ (Tx = pág. x de la edición castellana. Sx = pág. x de la edición alemana: Frankfurt, Suhrkamp, 1964.)

Eligiendo, no en función a la importancia, sino de la brevedad:

T77: "El hablar del hombre es tan digno de nada porque presenta lo más verdadero en lugar de lo que no es verdadero." S53: "Die Rede von Menschen ist darum so nichtswürdig, weil sie das Wahrste fürs Unwahre aufxberitet".

T112: "Nadie sabe hoy mejor que el hombre cuál es en último término lo más importante." S77: "Keiner weiss heute besser als der Mensch, worauf es im letzten ankommt."

T114: "Ya allí se hermana con el ímpetu hacia la concreción y un «no me toques»." S79: "Dort schon verschwistert sich dem Drang zur Konkretion ein Rühr mich nicht an."

T127 - S87-8: 'Tauschendem' por 'ámbito de canje', 'Tauschwert' por 'valor de canje' y 'Arbeitszeit' por 'tiempo laboral'.

T106: "La mirada selectiva a ciertas palabras, tal como fueron tratadas lexicalmente en los días de la pre-heideggeriana fenomenología de las imagenitas, fue ya el anuncio de un inventario decisorio. El que preparaba significaciones, parteador de las palabras puras de hoy día...". S73: "Der wählerische Blick auf einzelne Worte, wie sie in den Tagen der vor-Heideggerschen Bildchenphänomenologie lexikalisch abgehandelt wurden, war bereits der Vorbote verfügender Bestandsaufnahme. Wer Bedeutungen herauspräparierte, Gebretshelfer der reinen Worte von heutzutage..."

¿Para qué seguir? Los ejemplos podrían multiplicarse. (Y esto no es un gratuito cebarse sobre los apresuramientos y penurias del trabajador de la cultura español. Simplemente, hay el hecho objetivo de que la comprensión del texto de Adorno se complica enormemente con esta versión castellana. Señalarlo era un deber elemental.)

Cuando los seguidores de Hegel asimilaron su terminología, la misma jerga hablaron la derecha y la izquierda de la escuela. Buena muestra de ello es el Stirner hoy en trance de resurrección. Otro tanto cabría decir del viejo Adorno de la posguerra —fugitivo de su formación materialista— con respecto al lenguaje peculiar del irracionalismo alemán.

La primera sorpresa del libro es la comprobación de que el antagonista más directo es el Heidegger de *Ser y tiempo*. ¿Era ésta, en 1964, una batalla teórica real? Pasémoslo por alto. Adorno critica la metafísica irracionalista, intentando delimitar su especificidad en la Alemania posterior a 1945. Su tesis central es que la deformación ideológica ha llegado a disfrazarse de pura confusión semántica, borrando con ello toda referencia explícita al objeto real, incluso la deformada referencia que hacía la “vieja” ideología. Contra esta confusión dirige sus armas: una crítica lingüística con ribetes sociólogos, adornando todo con recursos a la más vaporosa dialéctica idealista.

El contexto de su “crítica de la ideología” puede definirse mediante dos polos no explícitos, inalcanzados y mucho mejor definidos: la contrametafísica del empirismo lógico y la crítica sociologista del Lukács del *Asalto a la razón*. ¡Qué lejos queda Adorno de ambos modelos! No consigue superar la limitación empirista, consistente en no llegar a comprender que no era suficiente mostrar el sinsentido de los enunciados irracionalistas para sacar a luz sus raíces materiales. Y, además, carece de la claridad y contundencia que adornaban a la crítica analítica. Por el otro lado, los elementos de sociología del conocimiento —talismán reformista contra las “calamidades” del positivismo— están provistos con tanta confianza como carencia de rigor científico. Como consecuencia, la batalla Adorno-Heidegger tiene lugar dentro de los límites del idealismo filosófico, y el matagigantes Adorno se convierte en un tímido reformista cuya tarea es depurar la ininteligible jerigonza del irracionalismo, desprendiéndola de sus adherencias históricas al nazismo. Aun así, basta tener ligera noticia de algunas de las menos luminosas tradiciones académicas alemanas para comprender que Adorno es, pese a todo, una especie de héroe intelectual: el signo progresivo de su obra queda fundamentado en las mismas razones que sepultaron en el olvido a Stirner, Ruge o Bauer —sin garra para las masas por idealistas, pero indigeribles para los reaccionarios cultivados.

Adorno obtiene logros técnicos destacables al exponer los mecanismos de desplazamiento semántico que permiten la formulación de la jerga. Muestra cómo la pretensión de captar el “puro momento significativo” degenera en arbitrariedad. Recurre a criterios de contexto y apunta explicaciones socio-políticas. Señala el miedo irracionalista a la abstracción, a perder lo concreto = metafísica autenticidad personal. “La jerga... aplica como principio organizado la desorganización, la desintegración del lenguaje en palabras en sí” (pág. 14).

Describe el uso de términos tales como 'autenticidad', 'mensaje', 'encuentro', 'validez', 'misión', 'conversación'..., y las más frecuentes combinaciones entre ellos; mostrando cómo estos comunes vocablos aparecen en la jerga sobrecargados de sentido, "aureolados". El autodefinirse como mensaje auténtico —dice Adorno— logra que el discurso pronunciado por un pontífice de la jerga se admita sin más como expresión de verdad. Los términos clave funcionan así como fetiches que provocan automáticas reacciones de autorreconocimiento.

Tal vez sea éste el más relevante aspecto del libro. Pues tiene un cierto valor general. Ya que es fácil que, en una comunidad intelectual, funcione una jerga, más o menos sofisticada, sancionada por el grupo, y que puede también operar con independencia de los concretos significados de sus términos en cada una de sus ocurrencias. Un muy vivo ejemplo lo constituyen ciertos usos actuales de términos tales como 'dialéctica', 'científico', 'alienación', etc., capaces de provocar inmediatas respuestas positivas con su sola aparición, al margen de que ésta sea, en cada caso, correcta y oportuna. (Por cierto, que el contenido de estas palabras difiera tanto del de las analizadas por Adorno, es una prueba más de que éste no consigue salir de los límites de la ideología.)

En la medida en que aclara los mecanismos de constitución de tales términos supersignificativos, *La ideología como lenguaje* dista de ser inútil. Pero Adorno ancla en este punto: apunta el problema, describe algunos de los trucos semánticos de que se vale la jerga y alude más bien de pasada a sus conocidas bases históricas. Con ello se detiene a medio camino entre un análisis lingüístico empirista y una crítica histórica efectuada materialistamente.

En resumen: la nueva ideología alemana conserva la vieja metodología. Sigue creyendo en la sustantividad de la disputa ideológica: ¡muéstrense las inconsistencias del lenguaje irracionalista, descúbranse sus trampas, y el orden opresor se desmoronará! Esto se traduce en impotencia, no sólo política, sino también teórica. Son las ineludibles consecuencias de pretender sustituir el materialismo histórico por la mera crítica de las ideologías. *La ideología como lenguaje* se escribe en el lenguaje de la ideología. La crítica de la jerga es, aún, la jerga de la crítica.

E. G.

ROSSI, Mario: *La génesis del materialismo histórico. I: La izquierda hegeliana*, trad. castellana de Juan Antonio Méndez, Madrid: Alberto Corazón, ed., 1971, 203 págs.

Pese a no constituir sino la tercera parte de una obra más extensa, la escasísima información disponible en castellano acerca